

LA TRADUCCIÓN

ALAIN SAINT-SAËNS



Tres años habían pasado. Fabiola había vuelto a enseñar en un pequeño colegio de las afueras. Al mismo tiempo, había regresado a su querida universidad y acababa una tesis doctoral en literatura guaraní en la Academia Ateneo de Lengua Guaraní de Asunción. Zinedine había crecido y estaba a punto de asistir al Jardín de Infantes de la Escuela María Auxiliadora de la pequeña ciudad de Mariano Roque Alonso, la cual quedaba a medio camino entre el Colegio y la casa de su madre. Fabiola le llevaría cada día antes de ir al trabajo y la abuela del pequeño vendría a recoger a su nieto cerca de las doce. Madre e hijo todavía vivían en Remansito, en la casita de dos cuartos que Jacques tanto amaba. Sentado sobre las escaleras de la entrada, miraba durante horas el árbol tajy majestuoso al otro lado del camino. Jamás se había sentido tan libre, tan en paz consigo mismo como en este barrio periférico pobre pero apacible de Asunción, más allá del puente Remanso, punto de salida obligado hacia el gran desierto del Chaco.

Durante dos años Fabiola había dejado en *stand by* el manuscrito de la traducción de *El invierno de Gunter* de Juan

Manuel Marcos que Jacques había terminado poco antes de poner fin a su propia vida.

Sus heridas emocionales aún estaban demasiado abiertas cuando regresó para que tuviera ganas de considerar una posible publicación; tampoco tenía dinero para eso y, de todas maneras, ella no hubiera sabido por dónde empezar. Por último, otorgaba muy poco valor al último esfuerzo intelectual de su amante finado. Sin embargo, cuando se sumergió en los estudios, empezó a frecuentar de nuevo los talleres de escritura de Asunción, y volvió a asistir a lanzamientos de libros ofrecidos por las editoriales locales, admitió entonces que este manuscrito representaba, de hecho, el testamento literario de Jacques, y que el toque final puesto a su traducción, culminación de su *opus magnum* de escritor, había podido ser el momento ideal para marcharse de manera digna.

Al azar de los encuentros en los eventos culturales, había encontrado de nuevo al viejo poeta Rubén Bareiro Saguier, antiguo Embajador del Paraguay en Francia, quien dominaba perfectamente el idioma francés y, un día, le había entregado el manuscrito de Jacques, encargándole de evaluarlo. Estaba bien claro en la mente de Fabiola que, si esta traducción tenía algún valor literario, era él más que cualquier otra persona quien pudiera decírselo.

Un mes más tarde, Bareiro Saguier le llamó y le invitó a almorzar con él en el Bolsi, un bistró elegante en la calle Estrella, en el centro de Asunción. Se sinceró diciéndole que estaba muy feliz de volver a verla; ella le contestó que le había echado de menos. Platicaron de todo un poco, saboreando un tournedos de lomito Wellington cocido en su punto como le gustaba a Fabiola comer su bistec, rociado por una botella de vino argentino Reserva Catena Zapata Estiba suntuoso del año 2002, perfectamente dejado a la temperatura ambiente.

- Gracias, Fabiola, por haberme hecho leer el manuscrito de Jacques. Sabes que su traducción es notable desde todo

punto de vista. Tu compañero añorado había sabido unir una elegancia estilística con una riqueza verbal, quedándose al mismo tiempo fiel al texto que transponía de una cultura a la otra, tal y como lo he indicado en mi comentario escrito.

- ¿De verdad?

- Claro que sí, tenía mucho talento.

Fabiola se quedó pensativa. El viejo hombre respetó su silencio. Entendía el choque que esta noticia le había causado; quizá hubiera reabierto heridas viejas. Carraspeó, como si quisiera quebrar un sortilegio, y siguió hablando:

- Me gustaría hablar de la traducción de tu marido con el autor del libro, Juan Manuel Marcos. Es un amigo de hace mucho tiempo. Hacía parte yo del Jurado del Premio de Poesía René Dávalos cuando le fue otorgado a Marcos a sus tan solo veinte años. Un cuarto de siglo más tarde, me ayudó él a ser nombrado Embajador del Paraguay en Francia recomendándome al Vice-Presidente de aquel entonces. Todavía enseño seminarios de método en la malla curricular de Ciencias de la Educación dentro de la universidad que Marcos ha creado, la Universidad del Norte. Con tu permiso, Fabiola, le voy a llamar y le pediré que te conceda una audiencia en los próximos días.

El lunes siguiente, el colectivo de Villa Hayes le dejó exactamente delante del portón de las oficinas del Rectorado de la Universidad del Norte, Avenida España. Tenía un compromiso con el Magnífico Rector Juan Manuel Marcos a las quince horas. La recepcionista a la entrada le invitó a subir las escaleras de mármol conduciéndole al primer piso; arriba, el secretario del Rector, un hombre joven de finas maneras le rogó sentarse sobre un sofá de estilo Luis XV en la pequeña sala de espera contigua. Fabiola se sumió en la contemplación de un gran cuadro de Fernando de la Mora, uno de los Padres Fundadores de la República del Paraguay, el cual dominaba la parte alta de las escaleras. - Favor pasar, Señora

Cardozo, el Magnífico Rector Juan Manuel Marcos le va a recibir.

Se hacía llamar Señora desde su regreso al país. Era su manera de asumir su estatuto de viuda. Después de todo, había enterrado al hombre que llegaría a ser su marido. Entonces no le parecía haber usurpado un privilegio alguno. Había pagado a precio de oro el derecho de llevar este título. El Rector le sorprendió con su físico imponente y su peinado a lo Elvis Presley que le hacía parecer a un viejo Rockero. Tenía todo el parecido del gato Raminagobis de la fábula de La Fontaine. Después de los saludos habituales, el Rector Marcos entró en el meollo del tema: - Mi amigo Rubén Bareiro Saguier escribió una reseña muy elogiosa sobre la traducción de su esposo. Por mi parte, aprecié mucho su introducción. De verdad, ¿quién hubiera podido imaginarse que los dos, con unos años de diferencia, hubiéramos enseñado en la misma universidad del estado de Oklahoma en los Estados Unidos? Lamento mucho que ya no forme parte de este mundo, pues me hubiera gustado mucho conocerlo. Al menos espero que no haya sufrido demasiado.

- No le serviría de nada saber los pormenores de las peripecias de su muerte, excepto que mostró gran valentía al momento de morir. Déjeme contarle mejor la vida extraordinaria que llevó.

La joven mujer habló durante una hora de Jacques y su entusiasmo por el Paraguay. Decidió no mencionar sus regustos. El Magnífico Rector Marcos le escuchó sin abrir la boca mientras tomaba notas.

- Señora Cardozo, coincidentemente estoy buscando a alguien que pueda dirigir el Departamento de Relaciones Internacionales de la Universidad del Norte. Usted me ha contado haber viajado varias veces a Europa y trabajado en los Estados Unidos. El Señor Bareiro Saguier la ha recomendado mucho, destacando la solidez de sus conocimientos lingüís-

ticos tanto en francés como en inglés, y elogiando su gran corazón. Además, usted es Doctora, lo que significa que tiene los diplomas requeridos para el puesto que le estoy ofreciendo. Quizá, ¿pueda usted plantearse la posibilidad de aceptarlo? Creo que usted nos podría ayudar mucho. Sé, por supuesto, que mi pedido le habrá tomado por sorpresa...

- Le prometo pensármelo, Señor Rector. ¿No le molestaría a usted si le diera una respuesta de aquí a una semana?

Le acompañó hasta la salida y, algo muy poco frecuente con él, le abrazó muy fuerte antes de despedirse, casi asfixiándola.

- Gracias por su visita, Fabiola. Me voy a ocupar de hacer publicar en Francia la traducción sobresaliente de mi libro por su querido esposo. Vaya usted segura de que un día le rendiremos un homenaje vibrante.

Cuando Fabiola cruzó el portón del jardín del Rectorado de la Universidad, se sentía totalmente mareada. Había venido solamente para defender la obra literaria de su amado y ya le habían considerado a ella para un puesto de gran responsabilidad dentro del organigrama de la Universidad del Norte. Ahora sí entendía porqué Jacques le había legado el manuscrito de la traducción de *El invierno de Gunter* de Juan Manuel Marcos.

Su amante no había podido dejarle dinero, pues estaba casi arruinado y quebrado. No obstante, le había ofrecido la esperanza de una vida mejor en su país, para ella y el hijo suyo que jamás conocería. Más allá de la muerte, había sabido seducir al novelista paraguayo autor del libro y al viejo poeta erudito. El encanto de Fabiola y sus cualidades habían sido determinantes.

Jacques Valentín no había fracasado en Paraguay. Fabiola ya era hoy y seguiría siendo aún más el día de mañana su éxito póstumo. Había sido su amante, el gran amor de su juventud y su mentor, un Pigmalión a la manera de un

Bernard Shaw. Ella podía entender mejor ahora el porqué del suicidio de Jacques. Había caminado con ella unos tiempos hasta que, consciente de no poder ir más adelante sin perjudicarla, decidiera alejarse con elegancia.

Así mismo como Vicky Lester en *Ha nacido una estrella* de Jorge Cukor era la Señora Norman Maine, Fabiola Cardozo era la Señora Fabiola Cardozo de Valentín. Se lo repitió a sí misma varias veces en el colectivo que le llevaba de vuelta a Remansito. A partir de ahora firmaría solamente bajo ese nombre. Ya no volvería a casarse. Claro que de vez en cuando daría la bienvenida a unos amantes en su cama para satisfacer los apetitos de la carne, pero no reemplazaría en su corazón al hombre que le había hecho lo que era hoy.

Una sonrisa en los labios, cerró sus ojos a fin de recordarse mejor de su voz de terciopelo que le susurraba en su oreja después de hacer el amor unos versos, expresión magnífica de su ternura inmensa por ella, que siempre le llenaban de una alegría indecible:

Latina, tan libada,
Matina, tan mimada,
Petisita amada,
De mi alma la vida.